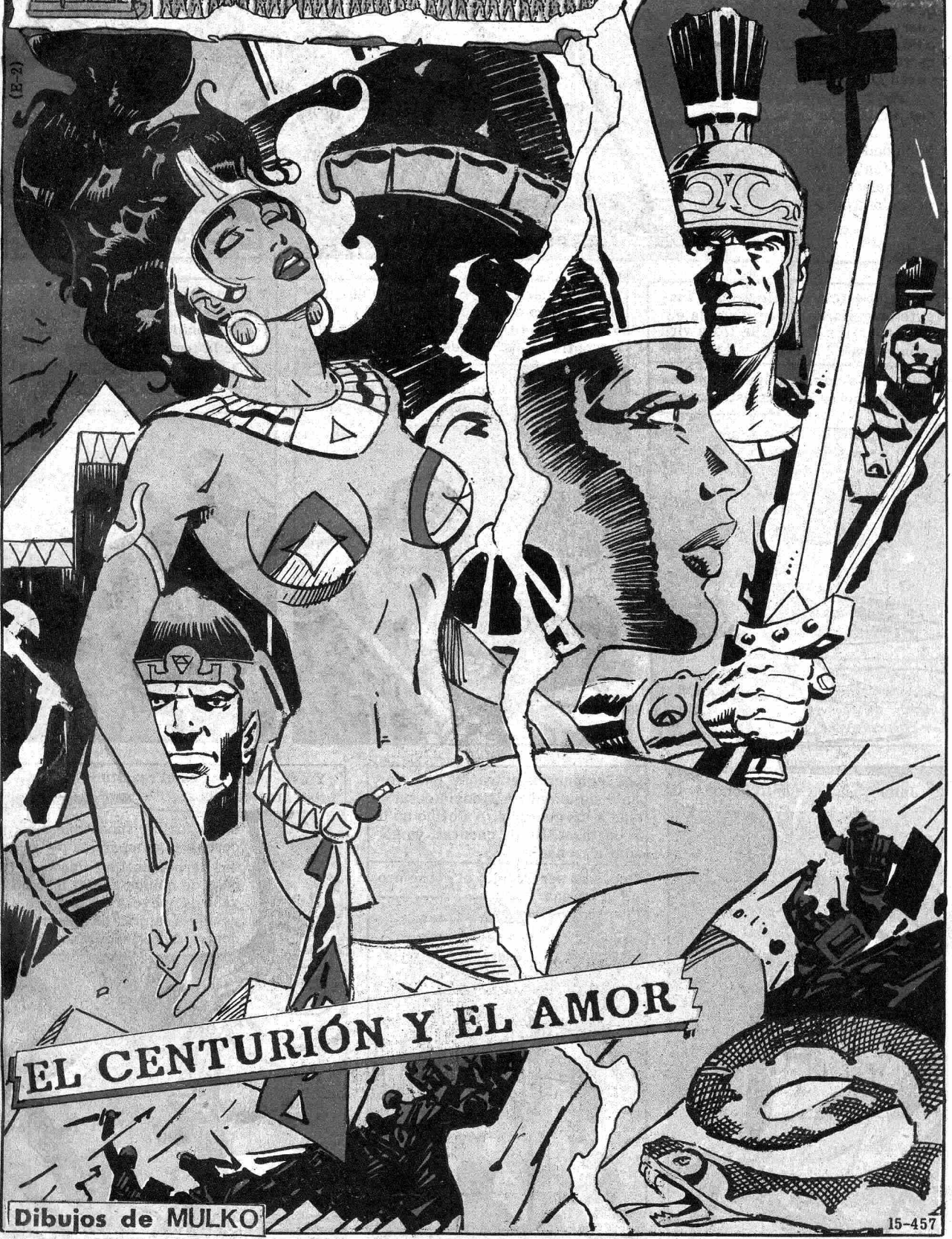


Por RICARDO FERRARI

CLEOPATRA

(E-2)



EL CENTURIÓN Y EL AMOR

Dibujos de MULKO

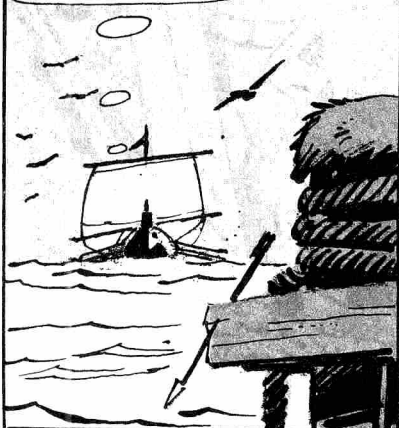
Hasta donde alcanza la vista, Tebas es un infierno. Los barrios pobres arden envueltos en trombas de humo, y el Nilo, el Padre de los Ríos, arrastra cadáveres rotos y quebrados. Una nube de cuervos planea sobre la ciudad, y los cocodrilos, hartos de carne humana, yacen al sol varados en las playas ensangrentadas. En la proa de su trireme, Julio César mira la ciudad arrasada. Huele, y siente en el aire el olor malsano de los cadáveres insepultos.



(Entonces es cierto... El reino de Egipto está en guerra civil.)

Hace un gesto a su oficial, y al instante un gallardete negro se iza en su mástil. Tras él, toda la flota vira y pone proa a la costa.

(Bien... Veamos si el águila romana puede espantar a todos estos cuervos.)



Los legionarios desembarcan en un puerto a medias destruido. Les causa gracia. Vienen a una tierra enlutada por una guerra entre niños. Y vienen para quedarse.

Al palacio. Y no importa qué cosa se cruce; sigan.



Y por sobre el crepitar de los incendios y el graznar de los cuervos, el sonido machacón y regular de la legión en marcha anuncia a Tebas que para detener tanta locura deberá pagar con su libertad.



Julio César...Cuánto honor...



Los legionarios entran al palacio y sin disimulo ni resistencia desarmaron a los guardias. A Potino no le importa. Al fin de cuentas, ya no confía en nadie.

Debes de ser Potino, el consejero de la corona.

Ese soy, poderoso César.



¿Y esta matanza es el resultado de tus... prudentes consejos?

Señor, no me subestimes. La corona es compartida por los dos hermanos. Una niña veleidosa de quince años y un niño vano de nueve. Y alguien convenció a la niña de alzarse contra su hermano y esposo...



¿Casasteis a la niña con su hermano? Pues sí que tenéis costumbres extrañas aquí... Pero lo que yo he oído es otra cosa.



Lo que oí, es que trataste de deshacerte de la princesa, y te salió mal. Y ahora apoyas al niño, a Tolomeo.

No es exactamente así, te han informado mal. Un general, Neres, se... unió a Cleopatra. Por suerte murió apenas empezó la revuelta. ¿No confías en mí?



Y César, con una sonrisa que se repite en cada uno de sus hombres, tiende a Potino una fruta.

Deseo comer. Pruébalas...



Pálido de furia, Potino mastica el fruto. Este, este romano, este hombre legendario, no se dejará manejar.

(No importa. Si yo no puedo, ella tampoco podrá...)



(Egipcios... Ellos, y sus dioses, y su imperio milenario. A veces me pregunto cómo este pueblo de campesinos llegó a ser tan retorcido y complicado...)



¿Y tú?

Yo... Ese es mi trono.

Carraspea. Alza la cabeza y trata de dar a sus ojos tristes el brillo de majestad.

Soy Tolomeo. Faraón del alto y bajo Egipto.

¿Tú? ¿Tú gobiernas?



No. Potino lo hace. Y al principio, eso era bueno. Después empezó esta guerra. Primero me gustó, no había más ceremonias, y todos estaban demasiado ocupados para prestarme atención. Pasé días enteros cazando los pájaros que llegaban al estanque...



Pero hasta eso ha cambiado. En vez de los pájaros de siempre ahora vienen aquí los cuervos. Quise atacar uno, y mira...



Alza el pequeño brazo. Hay allí un tajo, un picotazo profundo y maligno.

Me lastimó... Saltó sobre mí y me lastimó.



Y de pronto olvida su papel de rey, y es sencillamente un niño asustado que ya no entiende lo que pasa.

Soldado, ¿qué va a pasar con nosotros? ¿Qué va a pasar conmigo?



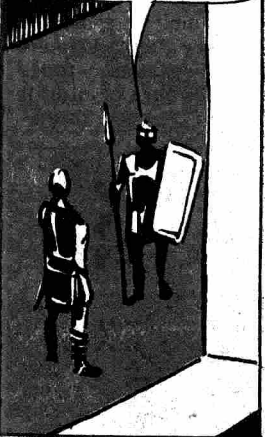
No temas... Te protegeré.

(Un niño con una corona. La llave de un imperio es este niño. Y está llorando. ¿Pero qué clase de gente es esta?)



César se siente extraño. Para él, la conquista ha sido siempre una tarea de valor y de lucha. Y de pronto encuentra un reino que sólo sabe intrigar y trata de oponer a las espadas romanas bisbiseos de comadres.

Hemos revisado el cuarto, mi señor. No hay gentes, ni trampas.



(En Roma no me creerán una palabra de esto. Un imperio que arrebataré a dos niños y un esclavo metido a consejero.)



Algo se mueve debajo de la colcha. Con un estremecimiento, César recuerda los pozos con serpientes adonde algunos pueblos echan a las adúlteras y las cubren con una manta.



Pero...

Vaya... Potino no pierde el tiempo.



Pero...





La muchacha alza la cabeza. El pelo negro y brillante se desliza sobre sus hombros desnudos, y los ojos de gata parecen centellear.

Vaya... ¿Esto es parte de la hospitalidad egipcia? Pero... un momento...tú eres...



La muchacha alza la cabeza. Camina hasta quedar de espaldas a la luna, y sus formas perfectas se transparentan en el lino finísimo.

Cleopatra.



¿Y qué buscas aquí? Si Potino se entera, te matará...

Negociar contigo. Las legiones que mandas son la herramienta para obtener el trono.

¿Negociar? ¿Y qué tienes para ofrecer?



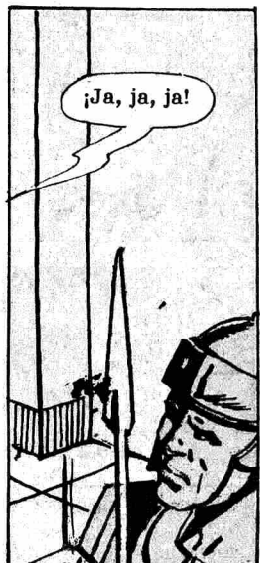
Adivina...



Pero...



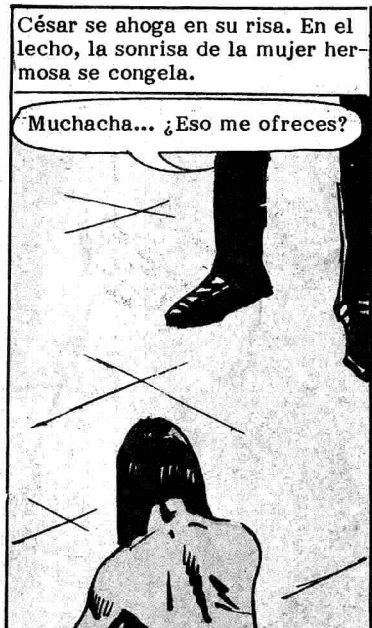
¡Ja, ja!



¡Ja, ja, ja!



¡Ja, ja, ja, ja!



César se ahoga en su risa. En el lecho, la sonrisa de la mujer hermosa se congela.

Muchacha... ¿Eso me ofreces?



En Roma, mujeres más hermosas que tú se cuelan por la ventana de mi villa. Y ni siquiera quieren oírme hablar de mis legiones...

Y de pronto los ojos del conquistador se endurecen, y los labios finos se curvan en una expresión sarcástica.

Así que háblame de otra cosa. Háblame de trigo, y de soldados, y de caballos, y de oro...



Y sabiendo que esas palabras son la peor afrenta, remata la frase.

...o véte de una vez. Quiero dormir...



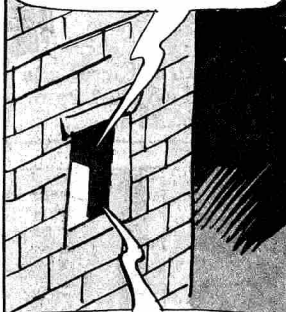
Cleopatra tarda en recuperarse. Abre la boca cuidadosamente pintada, pero al principio no logra articular sonido. Al fin, roja de indignación, contesta.



De acuerdo. Hablemos de todo eso.

Y, con un tirón furioso, cubre su espléndida desnudez con la manta.

Romano, jamás he sido ofendida así.



No te preocupes. Cuando estés en el trono, olvidarás...

Los ojos, los ojos de gata, se achican imperceptiblemente.

(No. No olvidaré.)



Centurión.

Cleopatra, este es Cayo Dipodus. Desde hoy, será tu sombra. No quiero que a mis aliados les ocurran...accidentes.



Cleopatra camina junto al gigantesco legionario. Su mente de mujer ofendida busca y rebusca maneras de cobrarse la afrenta.



Y por fin, la encuentra.

Entra. Dormirás al pie de mi lecho. En Egipto, los asesinos han alcanzado el rango de artistas...



Ten. Pon esto en el suelo. Estarás más cómodo.





Y cierra la puerta...



Noche de Tebas. Noche de incendios y de agonizantes que lloran y rezan a un sol que no verán. Noche de intrigas.



¿Has dicho que...?

César señala a la mujer en el trono. Espléndida, pintada con oro y vestida con seda, Cleopatra ciñe la doble corona y sostiene el cetro y el látigo.

Que esta es la reina de Egipto. Y mis legiones la sostendrán.



Potino maldice. Conoce el poder de esa mujer. Conoce la fuerza de su belleza. Y se ha descuidado.



Es una estupidez. Te estás metiendo en una guerra.

Deja que yo me preocupe por eso...

Pero la reina no presta atención a lo que los dos hombres se dicen ante ella. Sin disimulo, la reina mira de reojo al gigante que, a un lado, sostiene su pilum. Y Cayo, sorprendido, nota que su corazón se desboca, y la respiración se le acelera.



(Me ama... Esa mujer espléndida me ama...)

Ahora toda Tebas es un infierno. La flota romana es incendiada en el puerto, y los que hasta ayer peleaban entre sí se unen para enfrentar a los romanos.



Pronto, ya nadie sabe quién es amigo y quién no, y en las noches terribles son en terrados juntos los que se han matado mutuamente.

César despacha mensajeros. Desde el palacio, sitiado, contempla sorprendido cómo este país de mujeres pintadas y vino cálido corrompe a sus oficiales y a sus legiones.

Ese es el enemigo más peligroso. Más peligroso que los generales egipcios y sus lanceros negros...



Subestimé a tu gente, Cleopatra. Hasta me causó gracia que fueran tan intrigantes. Tal vez me equivoqué.

Una lluvia de flechas se estrella contra el palacio. Cuatro pasan por la ventana, y se quiebran en el suelo brillante.

Y la mujer perfecta se aprieta contra su guardia, temblando de miedo.



¡No!

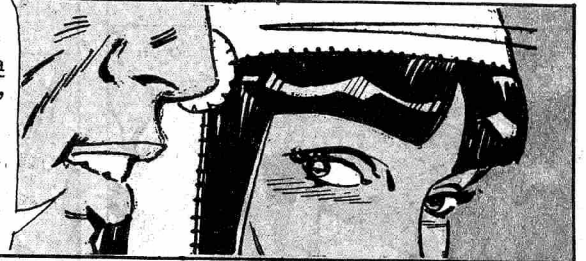


¡Sácame de aquí! ¡Sácame!



Yo no creí que sería así...pensé que se rendirían al ver las legiones...

No temas... Con César ya vivimos algo así. Una vez, en la Galia, éramos sólo doce. Y él... Ah, si lo hubieras visto entonces no temerías ahora. Escucha lo que hizo. Escucha quién es el hombre que nos conduce y se ha aliado a ti.



¡Mi señor! ¡Una flota baja por el Nilo!



César se vuelve y lo mira. ¿Cuánto lleva ya peleando? ¿Una semana? Casi teme lo que va a oír.



¿Es...egipcia?

¡Egipcia? ¡Claro que no! ¡Es el resto de tu flota, con tus demás ejércitos, César!

La ciudad se conmueve en una explosión de odio. Potino reúne lo poco que le queda de fuerzas, y con el niño rey al frente marcha al palacio, a un último ataque. El pobre Tolomeo está atado a su trono con cintas de lino para que no salte y huya, enloquecido de terror.



Entrarán al palacio. Combatiremos pasillo a pasillo, aposento por aposento. Y si duramos hasta la llegada de la flota, habremos vencido. Si no, al menos tendremos el consuelo de ser vengados...



No quiero morir... Tengo miedo...

No te preocupes. Yo te protegeré.

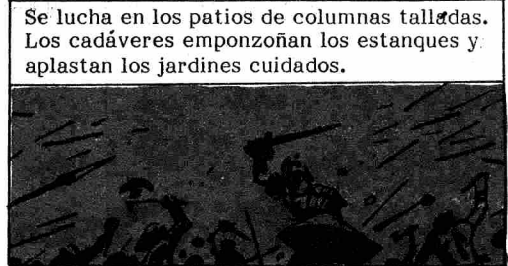


Pero los ojos de gata están fijos en el otro, el que se coloca coraza y casco y ciñe espada como cualquier legionario.



Y él la ve. Ve los ojos, los siente en él. Y a pesar de lo que se avecina, esboza una sonrisa.

(Tal parece que la reina de Egipto no es tan insensible como dicen...)



Se lucha en los patios de columnas talladas. Los cadáveres emponzoñan los estanques y aplastan los jardines cuidados.

Cayo Diplodus cae casi partido en dos. En el suelo, sobre las losas resbalosas de sangre, aguarda espada en mano. Matará al que venga a terminarlo.



(¿Y ella?)

Ella está de pie junto a César, empuñando una daga, en una barricada de muebles rotos y estatuas quebradas. Allí, en ese endeble muro, César y Cleopatra van a jugarse la vida.



El palacio retumba. Los pasos acompañados de muchos soldados suenan estruendosos aun sobre los cadáveres y los agonizantes.



Ya están aquí.



César...



Mi señor...

Al pie de la columna, desan-
grándose, el centurión ve e-
se mínimo gesto de devoción
y casi agradece su próxima
muerte.

(Es preferible a perderla...)



Aquí están...



Pero...



Los legionarios miran el palacio perfecto trans-
formado en un matadero. Un centurión se adelan-
ta, y alza su brazo derecho.

Ave, César.



Y César, a duras penas puede contener su e-
moción. Junto a él, silenciosamente, Cleopa-
tra llora.

Ave, centurión. Jamás nadie ha
llegado tan a tiempo...

Estoy... viva... Es-
toy viva...

Durante todo ese día y toda esa noche los legionarios sacan los cuerpos y los queman en los jardines. El olor de la sangre jamás podrá ser quitado.



Nadie sabe nada de Potino. A nadie le importa. Pero un pescador cuenta, con lágrimas de incredulidad, que ha visto el cuerpo del pequeño rey, todavía atado a su palanquín, irse Nilo abajo, con una escolta de ávidos cocodrilos. Cuando todo terminó, simplemente se deshicieron de él.

Bien... Aquí tienes tu imperio, princesa. Espero que cumplas tu trato. Vete, ahora. Necesito dormir.



Espera...



Mujer, ya te he dicho que no me interesas.



Apártate.

Oh, no...



¡No!

¡No te muevas!



¡Fuera, asqueroso animal!



Sucia de sangre azulverdosa; Cleopatra no se mueve. El cuerpo decapitado de la serpiente se ciñe a ella, y se revuelve.



Una trampa... Potino te puso una trampa.

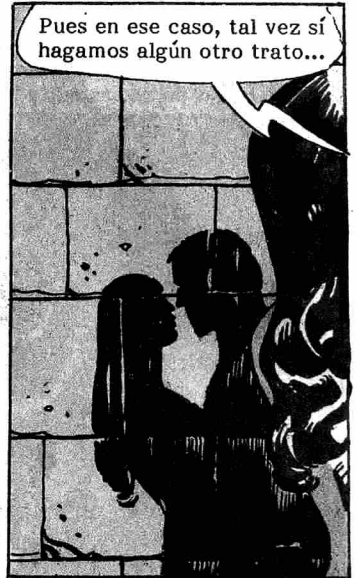


Lo sabías...Y me salvaste.
¿Por qué?

¿No lo entiendes?



Me he enamorado de ti... ¿Enamorado?



Pues en ese caso, tal vez sí
hagamos algún otro trato...



Cayo Diplodus agoniza.
Ha perdido casi toda la
sangre, y entre sus ami-
gos echan a suerte quién
le ahorrará tanto dolor.

(Y ella...)

Ella está aquí. En su seda y en su lino, ca-
mina deslumbrante entre los que agoniz-
zan y los que aguardan una salvación im-
probable.



Tú...



Oí que ya tienes quién te proteja.
Tal parece que sólo jugaste, conmi-
go. Sólo César te importaba.

Si esto te consuela, noble Cayo,
a él tampoco lo amo.



¿No lo amas? Arriesgaste tu vida
por la de él...Me lo contaron...



¿Pero para qué?

Para que César lo viera. Una mujer hermosa, una amante ex-
perta no es suficiente para él. Él necesita una mujer valiente,
que se le entregue en cuerpo y alma. Y yo representé ese pa-
pel a la perfección. Y se rindió.

Cleopatra toma el casco funerario entre sus manos y se lo calza.



¿Cómo lo supiste? ¿Cómo averiguaste que esa era la manera de conquistarlo?

¿No lo adivinas?



Tú me lo dijiste, buen Cayo. Tú, admirando a tu general y hablando a toda hora de él.

¿Y a qué has venido?

Cleopatra hace una seña. Un centurión se adelanta silenciosamente.

A ayudarte a morir. ¿Acaso no ves el casco funerario en mi cabeza? ¿Qué más quieres que haga?

Bésame. Al fin de cuentas, yo sí te amo.



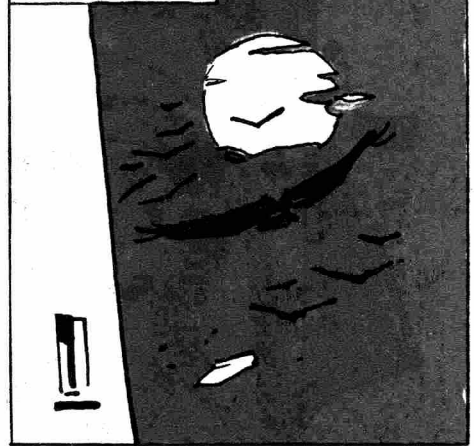
Pobre mujer... Jamás amarás a un hombre.

No me importa amar a un hombre. Prefiero dominarlos a todos.



Cleopatra hace un gesto. Y, en absoluto silencio, el centurión desenfunda su daga.

Y así se marcha el legionario, casi sin sentirlo, en alas de un mal amor que al menos pudo ayudarlo a cruzar el umbral de la muerte.



FIN